

LA HISTORIA DE UN SUEÑO HECHO REALIDAD



ACTORAS DE CAMBIO



LA HISTORIA DE UN SUEÑO HECHO REALIDAD

La historia de Actoras de Cambio es la historia de complicidades feministas que hemos tejido a lo largo de los años entre mujeres, feministas y no feministas, de diferentes orígenes: maya, mestiza y francesa. Es la historia de una pasión común por la vida, la justicia y la libertad. Es la convicción que es posible reconstruir la vida, y rehabilitarla sin culpa, sin miedo y con el corazón contento después de haber vivido la invasión, el despojo y la crueldad en carne propia. Es la materialización de un sueño compartido: eliminar la violación sexual, la guerra y el racismo de la vida de las mujeres. A 18 años del inicio del proceso, podemos afirmar con satisfacción y alegría: el sueño se hizo realidad.

2003. LAS SEMILLAS

Esta historia inicia con el encuentro cómplice de dos feministas autónomas en el año 2000, una guatemalteca y una de origen francés: Yolanda Aguilar y Amandine Fulchiron. La indignación por la crueldad infligida a las mujeres durante la guerra y el silenciamiento impuesto por una sociedad profundamente patriarcal, racista y contrainsurgente que no quería saber, así como la inmensa necesidad de las mujeres de nombrar, sanar y que nunca más vuelva a suceder, fueron las fuerzas que dieron luz al proyecto político de Actoras de Cambio. En 2003, Amandine y Yolanda invitan a organizaciones de mujeres, feministas y de derechos humanos a co-construir este proyecto político: Mama Maquín, la Asociación de

Mujeres de Petén Ixqik, la Unión Nacional de Mujeres Guatemaltecas (UNAMG), y la organización de acompañamiento psicosocial ECAP. En 2004, se conforma una plataforma de coordinación entre las dos feministas autónomas, UNAMG y ECAP: el Consorcio de Víctimas a Actoras de Cambio.

En 2006, Yolanda Aguilar decide irse de Guatemala para seguir su propio camino de sanación. Amandine sigue conjuntamente con nuevas aliadas que se fueron sumando al trabajo de formación-sanación y de memoria histórica: Liduvina Mendez, Sara Álvarez, María José Pérez, Angélica López y Laura Montes. Los sueños compartidos, y la complicidad política y ética que nos unía, nos permitieron construir una bola de fuego imparable. Desde el inicio, los objetivos de Actoras de Cambio se han articulado alrededor de tres ejes: romper el silencio y sanar, recuperar la memoria histórica desde la voz de las mujeres y hacer justicia. Todas las feministas y mujeres mayas del equipo veníamos de experiencias previas de organización entre mujeres y de acompañamiento a sobrevivientes de violencia, que nos habían dejado enseñanzas. Cada una aportó a la construcción colectiva del acompañamiento desde su experiencia vital, sus aprendizajes, sus saberes y sueños. Se trató de una síntesis de las experiencias de quienes conformábamos el equipo. Confluyeron los feminismos desde una pluralidad de corrientes, desde el feminismo autónomo latinoamericano, el feminismo antiracista, indígena, negro, el feminismo radical y lésbico; la cosmovisión maya, y cosmovisiones ancestrales de Oriente así como la psicología alternativa, holística y transpersonal. Todas ya habíamos experi-



mentado metodologías que ponían especial énfasis en que la reflexión política “pasara por el cuerpo” y no fuera solamente un ejercicio discursivo ni de conocimiento teórico. Liduvina Méndez y Sara Álvarez –que venían de organizaciones feministas y de mujeres indígenas que habían empezado a sanar la historia de la guerra y acompañaban a sobrevivientes de violencia– aportaron la visión de la sanación feminista holística y energética. Las terapeutas mayas del equipo, Angélica López y Sara Álvarez, que habían sido parte de la organización de mujeres mayas K’aqla, Liduvina Méndez y María José Sian, mujeres mestizas herederas de conocimientos de sus abuelas así como las sobrevivientes, aportaron sus saberes de sanación, sus conocimientos de las plantas, y su conexión con el fuego y las energías del día. Amandine Fulchiron y Laura Montes, que venían de experiencia de grupos de autoconciencia y autodefensa feministas, eran parte de la batucada feminista en contra de la violencia sexual, y venían de procesos de acompañamiento a mujeres sobrevivientes de violación sexual en guerra a nivel internacional, aportaron la necesidad de nombrar la violación sexual, politizarla y reapropiarse del cuerpo. El trabajo de memoria histórica impulsado por Amandine Fulchiron junto a Angélica López, María José Sian y a las sobrevivientes, respondía a una necesidad vital de las mujeres de existir, y de que se supiera la verdad. Se inscribió en los esfuerzos de memoria iniciados en el marco de las negociaciones de paz, por la Coordinadora Nacional de Viudas de Guatemala, las organizaciones de mujeres refugiadas Mamá Maquin, Ixmucané y Madre Tierra, así como las organizaciones feministas de Tierra Viva, COPRODIMU y la Convergencia cívico-política, por que se conozca la verdad de lo sucedido a las mujeres durante la guerra; una presión política que abrió el espacio para que Yolanda Aguilar pueda escribir el capítulo sobre violencia sexual en el informe del proyecto interdiocesano del REMHI (Recuperación de la Memoria Histórica). Los

festivales por la memoria –que más tarde serán el sello de Actoras de Cambio– fueron inspirados por las acciones de memoria que hacían los movimientos de mujeres en Colombia en medio de la guerra, poniendo el cuerpo en espacios públicos con rituales, intervenciones artísticas, y comparsas; así con el trabajo de memoria que se ha desarrollado en Francia con respecto a la ocupación nazi, los campos de concentración, y al genocidio judío.

Fuimos construyendo así en el equipo, una metodología de acompañamiento en diálogo permanente entre todos los saberes, historias y sueños que existían en el equipo, en un ir y venir con las necesidades y deseos de las sobrevivientes que acompañamos. El proceso de investigación que pusimos en marcha para sistematizar nuestro trabajo, recoger las voces de las mujeres, y registrar el impacto que tenían nuestras acciones sobre el proceso de cambio de las mismas permitió estructurar y alimentar de forma sistemática una visión política común entorno a los objetivos que perseguíamos y reflexionar en torno a las mejores estrategias de acción para llegar a ello.

Poner la vida de las mujeres en el centro fue desde sus inicios el sentido del proyecto político de Actoras de Cambio. Tal punto de partida implicaba construir horizontalidad entre todas, estar abiertas al diálogo, escuchar las visiones de cada una sobre un pie de igualdad, preguntar para comprender, poner al debate nuestras verdades y formas de hacer las cosas, e incluso transformarlas por completo. El ejemplo del debate que se fue dando en torno a la justicia penal, y la necesidad de ampliar la visión de justicia, es muy ilustrativo al respecto. La idea de justicia que predominaba al inicio del consorcio era la versión institucionalizada de la misma, según los derechos internacionalmente reconocidos a la verdad, a la reparación y al castigo a los responsables. La realidad de la impunidad que impera en el sistema penal guatemalteco, el teatro de la vergüenza que implica para las mujeres, y el enorme riesgo



que implica para su vida, así como para las que las acompañamos, nos obligó desde el inicio a imaginar alternativas al sistema penal. En coherencia con nuestra búsqueda de que las sobrevivientes sean las protagonistas y orientadoras de las acciones que se encaminaban en el consorcio, se empezó a recabar opiniones con las mujeres en torno a las formas de entender la justicia, lo que esperaban como justicia y lo que de alguna manera estaban dispuesta a hacer para la consecución de la misma; mientras se estaba estudiando paralelamente las estrategias legales posibles para presentar casos de crímenes sexuales ante la Comisión Interamericana de los Derechos Humanos (CIDH). Las mujeres q'eqchi' pedían con mucha fuerza el castigo de la ley sobre los perpetradores, pero no se sentían con la fuerza, en aquel momento, de enfrentar las amenazas y la estigmatización que implicaba la exposición pública. Mientras las kaqchikeles y las mames expresaban mucho temor a la idea de llevar un proceso penal porque no querían que su comunidad ni su esposo se enteraran que habían sido violadas, por miedo a que las mataran. En esta discusión colectiva en torno a las condiciones necesarias para llevar a cabo casos paradigmáticos ante la CIDH que fueran realmente reparadores para las sobrevivientes, Liduvina Méndez —quien tenía la experiencia previa de haber acompañado procesos legales para niñas víctimas de incesto dentro del marco del Grupo Guatemalteco de Mujeres (GGM)— puso sobre la mesa que los procesos legales no reparan a las mujeres, sino que las revictimizan. Nos teníamos que preguntar entonces el objetivo del proceso de justicia: ¿sacudir el sistema jurídico, o transformar la vida de las mujeres? La pregunta estaba puesta desde el 2006 en la mesa y fue una discusión permanente cada vez que las mujeres q'eqchi's o alguna sobreviviente mam volvían a plantear que querían la justicia de los tribunales. A partir de esa fecha fuimos ampliando la visión para integrar a la idea de justicia los otros anhelos que las mujeres tenían para construir una vida jus-

ta, más allá del castigo a los perpetradores. Fuimos reconociendo las diferentes estrategias que estábamos llevando a cabo desde Actoras de Cambio como parte de la construcción de justicia: el romper el silencio y el terror, salir de la culpa y de la vergüenza, sanar para recuperar el poder sobre su cuerpo y su vida, hacer memoria histórica desde las voces de las mujeres para hacer realidad su derecho a la verdad, nombrar públicamente a los responsables del ejército y comisionados militares que usaron las violaciones sexuales de forma masiva y sistemática contra las mujeres rurales mayas, y los procesos de cambios sociales y culturales en la comunidad para dignificar a las mujeres y garantizar la no repetición.

En estas reflexiones políticas y éticas en torno a nuestro acompañamiento, su propósito y las mejores formas de llevarlo a cabo, el equipo de Actoras de Cambio empezó a encontrarse con las estructuras demasiado rígidas y jerárquicas de ECAP y UNAMG, y visiones más convencionales e institucionalizadas tanto de la psicología como de los derechos humanos y de los derechos de las mujeres. El trabajo con el cuerpo, la sanación desde la cosmovisión maya, la autonomía de las mujeres, los cuestionamientos en torno a la justicia penal, el debate constante y la apuesta por la horizontalidad y la toma de decisiones colectiva, fueron los desacuerdos que llevaron a la ruptura en 2008. La chaqueta institucional nos quedaba demasiado apretada. Necesitamos volar y que la bola de fuego se pueda expandir libremente.

2008. UN NUEVO AMANECER

De esta ruptura, desaparece el Consorcio y surge la Colectiva Actoras de Cambio y un nuevo amanecer: una propuesta feminista



de funcionamiento colectivo, horizontal, autónomo y antirracista, cuyo objetivo central ha sido sanar las heridas de la violación sexual, la guerra patriarcal y el racismo, para recobrar el poder sobre nuestro cuerpo, vida y territorio, y crear condiciones de vida sin violencia sexual, digna, contenta y libre para todas.

La complicidad profunda personal y política entre Liduvina Méndez y Amandine Fulchiron fue lo que le dio vida, fuerza y autonomía a este nuevo amanecer, en coherencia con los anhelos más profundos que teníamos para Actoras, nosotras y las mujeres que acompañábamos. A lo largo de estos últimos 18 años, muchas cómplices se han unido al reto, lo han alimentado, reconfigurado, enriquecido, y fortalecido a pesar de que, hoy, algunas hayan tomado otros caminos. Por orden cronológico, que-remos nombrar a todas las que se han involucrado en este maravilloso camino: Angélica López (maya quiché), Laura Montes (española), Marlili Morales (mestiza), Laura Sánchez, (mestiza), Elsa Rabanales (maya mam), Josefa Sales (maya mam), Isabel Domingo Paíz (maya chuj), Virginia Galvez (mestiza), Lidia Sagui (q'eqchi'), Marta Miza (k'aqchikel), Malcom Paíz Domingo (maya chuj), Brenda Mendez (maya chuj), Paula Acevedo (mestiza), Hermencia López (maya mam), María José Rosales (mestiza), Mery Castro (mestiza) y Paola Mendoza (mestiza). Hoy el equipo está conformado por Liduvina Méndez, Virginia Gálvez, Elsa Rabanales, Hermencia López, María José Rosales, Mery Castro y Paola Mendoza.

RENACER COMO MUJER NUEVA

La historia de Actoras es sobre todo la historia de las mujeres que hemos acompañado y con las que hemos tejido un nuevo

amanecer. La primera etapa de esta historia, del 2004 al 2008, fue principalmente enfocada en sanar la memoria corporal y re-significar individual y colectivamente la violación sexual vivida durante la guerra. Iniciamos el proceso con 62 mujeres sobrevivientes organizadas en 4 grupos comunitarios etno-lingüísticos: chuj, mam, kaqchiquel y q'eqchi. Se dio de forma casi clandestina. Nos reuníamos fuera de las comunidades para garantizar la confidencialidad y la seguridad de todas, por el riesgo que implicaba que se supiera que las mujeres estaban hablando de los crímenes sexuales que habían vivido durante la guerra. Un primer riesgo estaba ligado a la permanencia en sus comunidades de los integrantes de las estructuras paramilitares que fueron responsables de las masacres y de las violaciones. Un segundo riesgo radicaba en que sus familiares y personas de la comunidad se enteraran del objeto de nuestros encuentros, y que se hiciera público el secreto que ellas habían guardado durante más de 25 años para sobrevivir, antes de que estuvieran listas y fortalecidas para hacerlo. Durante esta etapa, creamos las condiciones para que las mujeres pudieran descargar el corazón y reconstruir su vida. En esta primera etapa del proceso, liberaron su profundo dolor. Lograron desarticular la culpa y el terror instalados en su piel. Dejaron la vergüenza, el miedo a la estigmatización y a la mirada de "los otros". Sacaron la violación sexual del ámbito del pecado y del tabú. Ya no es su culpa, ni obra de dios o del destino, sino un grave problema de poder patriarcal ejercido por el colectivo de hombres sobre las mujeres, y una política de guerra feminicida y genocida. Los procesos de sanación llevados a cabo les permitieron dignificarse mutuamente y sentirse reparadas. Se reconectaron con las ganas de vivir y su libertad. Fue particularmente importante la reconexión con el poder de los saberes ancestrales para el proceso de sanación, de autorreconocimiento y autovaloración como mujeres ma-



yas. Las mujeres valoraron así los saberes ancestrales que les habían sido enseñados por sus abuelas, madres, abuelos o padres, pero que habían sido escondidos o enterrados por miedo a ser acusadas de brujas. Las llenó de orgullo y satisfacción reconocerse parte de esta gran civilización maya. Se validaron a sí mismas y legitimaron su autoridad. “Renacieron como mujer nueva”, con la certeza de su validez, de que su vida importa, y con el poder de transformarla en correspondencia con lo que desean.

En el año 2008, desde su autoridad y alegría recobradas, las sobrevivientes plantean su decisión de que su historia se sepa; con el fin de que cese la estigmatización social en su contra, de crear un lugar de respeto en la comunidad y que nunca más vuelva a pasar *ni a sus hijas, ni a sus nietas*. Inicia entonces una nueva etapa donde las mujeres irrumpen el espacio público y rompen el silencio social. Esa fue otra etapa fundamental en el proceso que permitió que las mujeres atravesaran el terror, y dejen definitivamente la vergüenza. Junto con las sobrevivientes, organizamos festivales por la memoria en Huehuetenango “Sobreviví, Estoy aquí, Estoy viva” (noviembre 2008), en Chimaltenango “Yo soy voz de la memoria y cuerpo a de la libertad” (febrero 2011), en Nebaj “Mujeres sanando la vida” (noviembre 2015), y en la capital de Guatemala “Abramos el corazón para despertar la conciencia” (noviembre 2017). El centro de los festivales son la voz y la experiencia de las sobrevivientes. Estos festivales son públicos, y articulan diferentes sectores de la sociedad con una capacidad multiplicadora importante: artistas, maestras, jóvenes, periodistas. Allí las mujeres afirman su verdad públicamente. El espacio de memoria da valor social y legitimidad a la palabra de las mujeres, y valida los inmensos daños que ha generado la violación sexual en sus vidas. Se convierte en un espacio de dignificación y reparación para todas. En el acto de “mostrarse” públicamente y hablar de la violación sexual, politizan el crimen. La

violación sexual deja de ser considerada el problema de las mujeres, y la nombran como política de guerra, genocidio y un grave crimen que les hizo mucho daño. En un acto de justicia para todas, devuelven la vergüenza de los crímenes sexuales cometidos sobre quién corresponde: el ejército. ¡La vergüenza es de ellos! Las mujeres pueden dejar la culpa. Otras, al escucharlas, pueden recuperar el alma.

El hecho de haber roto el silencio públicamente en los festivales, consolida su sentimiento de valía propia y su fuerza. En el 2011, dan un nuevo salto. Encuentran el valor de romper el silencio en sus propias familias y comunidades, atravesando el terror a la estigmatización y a las represalias violentas por parte del entorno familiar y comunitario. Quieren hacer algo por las otras mujeres que han sido violadas en la comunidad y que no siga sucediendo. Organizan festivales por la memoria a nivel comunitario e impulsan procesos de sanación con otras mujeres y jóvenes de su comunidad. Realizan acciones de prevención en las escuelas, fomentando la desconstrucción de la masculinidad como apropiación, dominio y violencia, y la desconstrucción de lo femenino como obediencia, sumisión y aguante. Se acuerpan colectivamente para impulsar asambleas comunitarias donde señalan a agresores sexuales, e interpelan a la comunidad para encontrar formas de aplicar una sanción y erradicar esta práctica común. Se movilizan colectivamente para proteger y defender a las mujeres, jóvenes y niñas que lo necesitan. En sus palabras, están creando sus propias leyes porque la ley de los hombres se ríe de ellas y las elimina.

A lo largo del proceso, se van sumando nuevos anhelos y nuevas acciones: construir una obra de teatro para contar la historia desde sus propias voces e idiomas; montar una batucada para llamar la atención y poder hablar, denunciar y erradicar la violencia sexual que viven a través del arte; acompañar a jóvenes en la construc-



ción de su autonomía y poder de decisión, en particular en el ámbito de la sexualidad, abordando tanto el erotismo, los métodos anticonceptivos como el aborto; formarse para poder acompañar emocional, corporal y energéticamente a otras mujeres en su comunidad que han sido víctimas de incestos, abusos sexuales o violaciones; hacer ceremonias de fuego y conectarse con la fuerza de los cerros y de la naturaleza para recuperar su fuerza, su poder propio y colectivo; valorar sus saberes, recuperar su conocimiento ancestral sobre las plantas medicinales y hacer su propia medicina para no depender del sistema farmacéutico para curarse; crear botiquín de emergencia con plantas medicinales y realizar temazcales para curar el covid. Los procesos llevados a cabo en sus comunidades desembocan en el afianzamiento de su autoridad ante sus propios ojos, los de sus familias y de su comunidad. Se sienten “grandes” e “importantes”. Es cuando el proceso de dignificación toma lugar. Ahora se sienten respetadas por la comunidad, porque ellas, fuertes del poder recobrado y del respaldo del grupo, han salido del lugar de la culpa, y han autorizado su vida y la vida de las otras.

El sueño se hizo realidad: las mujeres pasaron de ser víctimas a actoras de cambio; y nosotras como colectiva, junto a ellas. Ya no tienen vergüenza y se han convertido en referentes y autoridades para las mujeres de sus comunidades y familias. Después de haber estado muertas en vida, ahora tienen una vida contenta. Pueden hablar, bailar, salir y caminar sola sin miedo. Recobraron la legitimidad de ser, las ganas de vivir, reír y bailar. Sienten que hay mucho cambio. Están felices. En la comunidad, las respetan y les dan su lugar porque saben que hay un grupo de mujeres organizadas que son fuertes, y que no van a permitir que los hombres sigan haciendo daño a las mujeres. Es cuando nuestro nombre cobra todo su sentido y que el proceso empieza a expandirse para que haya una red en cada comunidad porque, como dicen las sobre-

vivientes, “las mujeres que no están en las organizaciones no tienen una vida libre”. Hoy, *Actoras de cambio* toma la forma de una red de más de 1.000 mujeres, organizadas comunitariamente, para sanar la historia de la guerra y de la colonización, prevenir la violencia sexual, y defender su vida, cuerpo y territorio con el fin de que todas puedan vivir una vida que valga la pena ser vivida, digna y plena.

UN LUGAR PARA HACER REALIDAD NUESTROS SUEÑOS DE JUSTICIA Y LIBERTAD

Cada una encontró en *Actoras de Cambio* un lugar para actuar con otras y hacer realidad sus sueños de justicia y libertad. Todas éramos las rebeldes, las enojadas, las raras, las locas de nuestras familias y contextos. Nos ha reunido la indignación y una rebeldía infinita ante cualquier injusticia y violencia, y la desobediencia ante los mandatos patriarcales, racistas y coloniales. Cada una ha aportado sus historias de transgresiones, insubordinaciones, valentía, alegría y creatividad para romper el silencio y sanar la violación sexual tanto en tiempo de guerra como en nuestras vidas cotidianas, así como toda atadura al sometimiento. Nos ha reunido un amor infinito por la vida, la libertad y la alegría, así como un compromiso profundo por erradicar la guerra contra el cuerpo de las mujeres, y salir de todas las esclavitudes. *Actoras de Cambio* ha sido mucho más que un trabajo. Ha sido una pasión, nuestra vida. Ha sido un camino de bienestar y libertad; un camino colectivo donde cada una ha tenido espacio para su propia búsqueda y a la vez encontrarse en un camino común y ancestral de mujeres que hace eco y respalda nuestros an-

helos de vivir en libertad y con el corazón contento. “Me gusta las mujeres”, dice Ana Aupi en uno de sus poemas, “porque ahí, he encontrado el lugar que el mundo me niega cada día”. Actoras ha sido fundamental para explicarnos nuestra vida, nuestros dolores, malestares y sufrimiento, y a la vez nuestros inmensos deseos de sanación y de libertad. No estamos locas. Esta resonancia entre todas, que encontró su materialización en la colectiva Actoras de Cambio, nos ha dado la legitimidad y fuerza para construir una comunidad, así como procesos sociales y políticos a la imagen de lo que deseábamos, fuera de las jerarquías, valores y formas de hacer patriarcales, misóginas y coloniales aprendidas. Retomando las palabras de la autora nativa americana Andrea Smith: “desde nuestra posición de haber crecido en un mundo patriarcal, colonial y de supremacía blanca, no podemos imaginar del todo cómo, un mundo que no sea basado en estructuras de opresión, podría operar. Sin embargo, podemos ser parte de un proceso colectivo y creativo que nos lleve más cerca hacia una sociedad que no sea basada sobre el dominio”. (Smith, 2005: 191)

UN PROYECTO POLÍTICO FEMINISTA QUE DESCOLOCA

Actoras de Cambio es un proyecto político feminista que llega a sorprender mucho, e incluso, a veces, incomodar mucho. Lo cierto es que descoloca. Nunca habían visto algo parecido. Un espacio donde nos encontramos entre mujeres mayas, mestizas y europeas desde el reconocimiento mutuo y el amor. Un lugar donde no se habla de derechos, sino de nuestras vidas y cómo transformarlas; donde no hacemos un listado de los diferentes tipos de violen-

cia que existen, sino rompemos el silencio en torno a las propias, identificamos cómo reconocerla en nuestra vida y encontramos fuerza para salir de ella. Hablamos también de cómo la hemos interiorizado, reproducido y contra quienes. Un lugar donde desvelamos a los opresores, pero sobre todo miramos para dentro para poder desarticular cualquier opresión en nosotras y construir referentes positivos de nosotras. Una apuesta política feminista en la que el poder cambia de lugar. Ya no está en manos del estado, del ejército, de los paramilitares o hombres del común que nos han hecho daño, sino está en nuestro cuerpo, nuestra existencia, nuestras manos como mujeres. Está en nuestra capacidad de cambiar las condiciones de esclavitud impuestas y el sufrimiento, y construir colectivamente condiciones de vida dignas y libres. Un proyecto político de transformación donde es más importante reconstruir la vida y crear la vida anhelada que cualquier sentencia judicial. Una apuesta política feminista que pasa por volver a sentir, reapropiarnos de nuestro cuerpo y conectarnos con la tierra, el fuego y las energías de la naturaleza, para vivir en libertad y en dignidad a partir de un lugar concreto: nuestro cuerpo. Varias se preguntaron ¿eso qué es? ¿Por qué hablamos de violación sexual? ¿Por qué lloramos? ¿Por qué nos acostamos? ¿Por qué nos acariciamos? ¿Por qué bailamos y movemos la cadera? ¿Qué es eso de prender velas y hacer un fuego? ¿Qué es eso de tomar el poder de decidir? ¿Por qué dicen estas palabras: vulvas, vagina, sexualidad? ¿Por qué hay mujeres que se besan con otras mujeres? ¿Placer? No, yo no sé qué es sentir eso. En Actoras nada es tabú, ni intocable. Nada está dado por hecho. Ni nadie puede llevar una máscara por mucho tiempo. Todo está puesto en la mesa para sanar en profundidad y descolonizarnos. Como varias lo recalcan, la metodología de trabajo en Actoras es totalmente diferente a la de cualquier otra organización.



UN ENSAYO DE LA COHERENCIA: LO PERSONAL ES POLÍTICO

Ha sido un lugar donde hemos ensayado la coherencia: hay conexión entre lo que se siente, se dice y lo que se hace; entre los enunciados y las prácticas; donde las contradicciones que existen, no se esconden, sino se ponen a debate para encontrar las mejores formas y estrategias de llevar a cabo lo que nos proponemos. Un lugar con corazón que permite escuchar el latido del corazón y la palabra de cada una. Queremos romper los silencios, estar bien, ser libres. Queremos que la violación sexual nunca más vuelva a suceder ni a nuestras hijas, ni a nuestras nietas, ni a nuestras amigas, ni a nuestras vecinas. Queremos sanar la guerra. Queremos dejar el odio hacia nosotras y entre nosotras. Queremos aprender a relacionarnos de forma distinta, desde el reconocimiento y el amor. Cuando sentimos esta intención política, nos gustó a todas. Nos gustó el ensayo y nos gustó la coherencia. Es un lugar donde el lema feminista *lo personal es político*, se hace cuerpo; tanto en un sentido como en el otro. Sacamos del silencio, de la vergüenza y de la culpa, lo que nos pasa a las mujeres. Lo politizamos, lo explicamos, lo desarticulamos, y lo reconstruimos desde un nuevo lugar: un lugar justo y libre diseñado por cada una de nosotras en función de nuestros anhelos. La historia personal de cada una cobra una dimensión política y social en el encuentro con las otras. Cobra importancia el amor, la afectividad y la cotidianidad para la transformación. Así, lo político se vuelve personal también, en cuanto las propuestas políticas de transformación que enunciábamos, no son únicamente un discurso, sino el resultado de una reflexión común sobre la experiencia, corporal, vital, y colectiva de todas las involucradas.

EL CUERPO EN EL CENTRO

El cuerpo ha sido el centro de la metodología de Actoras de Cambio, y hace de nuestra propuesta algo único. Desde el inicio, todo el equipo teníamos claridad que era fundamental reapropiarnos del cuerpo, este espacio material que fue invadido, torturado, ensuciado, y donde se imprimió el terror y la culpa; del que salimos para no sentir el dolor de tanta crueldad. Para revivir por dentro, hay que curarse del susto, reintegrar el alma al cuerpo y habitarlo sin culpa ni miedo. Sanar la culpa es un proceso corporal. Hay que volver a sentir este cuerpo, sin vergüenza, y desarticular la sospecha que pesa sobre él de que por culpa de él, nos violan, nos humillan, nos inferiorizan y nos deshumanizan. Para ello, fuimos reconectándonos con nuestro cuerpo y lo pusimos en movimiento. A través de diferentes técnicas corporales como el masaje, la meditación activa, la respiración, la caricia y el abrazo, el contacto con elementos de la naturaleza, y el baile, nos fuimos acercando a nuestro cuerpo, y recuperamos de forma progresiva todas las potencialidades para la vida que el sistema patriarcal reprime en nosotras: la alegría, el disfrute, el placer, la fuerza y la libertad. Reapropiarse del cuerpo fue la metodología que nos permitió transitar de la injusticia a la justicia: de la muerte a la vida, de la culpa a la dignidad, de la esclavitud a la libertad, del odio a sí misma al amor propio, de la humillación al poder propio. De fuente de dolor, el cuerpo se volvió fuente de disfrute; y de causa de la injusticia se convirtió en principio de la justicia. Es en el cuerpo que sentimos la justicia y la libertad. Es en el cuerpo que se siente el poder recobrado sobre la vida, el poder de decir que no y de decidir lo que una desea. Garantizar que no nos vuelva a pasar ni en la cama, ni en la casa, ni en la calle, pasa por recuperar el cuerpo en colectivo, para poder disponer de nosotras y aprender a poner límites. Aún cuando varias del equipo no estábamos familiarizadas



con la espiritualidad maya, reconectar con nuestro cuerpo y sus sensaciones, nos permitió reconectar con el fuego, con el corazón del cielo y el corazón de la tierra. Así pudimos experimentar la fuerza que da estar conectadas con las energías del universo y de la naturaleza para sanar. Estar en el cuerpo ha abierto la posibilidad de desarrollar una espiritualidad arraigada en la existencia concreta de nuestras vidas como mujeres, y al servicio de nuestro bienestar; no en función de obedecer a alguna autoridad masculina fuera de nosotras. Así pudimos recuperar el fuego interno, que siempre está allí adentro, pero que se pierde y apaga por las experiencias de violencias, humillaciones y exclusiones. Poner el cuerpo en el centro permitió así construir puentes entre las diferentes formas de habitar y vivir la vida que existe en el equipo, e integrarlas en una propuesta política y metodológica feminista al servicio de la reapropiación de nuestro cuerpo, la reparación de los crueles daños generados por los crímenes sexuales, la guerra y el genocidio, y la construcción de condiciones de justicia para todas.

UN LUGAR DONDE SIEMPRE HAY ALGUIEN PARA MÍ

Actoras ha sido un lugar donde hemos tomado fuerza y encontrado una mano que nos dice adelante. El amor entre mujeres que pusimos en marcha en el equipo ha sido vital para la vida de todas. Ha generado la posibilidad de estar presente para todas, para legitimar y respaldar las necesidades y anhelos más profundos de cada una. Es interesante que sea precisamente esta presencia que las sobrevivientes nombraron como justicia: "la justicia es que haya alguien para mí". A Vicky, Actoras le permitió encontrar la fuerza de salir de una

familia muy religiosa, donde las expectativas eran que se casara, y así pudo ser referente de cambio para sus hermanas que tenían relaciones atravesadas por la violencia. La pasión y el enamoramiento por lo que somos capaces de transformar y crear entre mujeres, le dio la fuerza a Amandine de asumir su propio camino y sus propios deseos. Le dio la fuerza interna de transformar por completo su vida: dejar su tierra de origen, la visión cartesiana y binaria de la vida y sustituirla por la mirada del kabawil, la heterosexualidad y la institucionalidad, y sustituirla por el lesbianismo y la libertad, dejar la lucha permanente y abrirse al amor, la belleza de la vida y la reconexión con su propia espiritualidad. En Actoras, siempre ha habido alguien para darnos la mano y animarnos a que sigamos adelante. Incluso cuando Elsa tuvo que tomar la decisión más difícil de su vida, abortar -decisión profundamente condenada en su contexto- encontró el apoyo y acompañamiento que necesitaba para no sentirse sola y atravesar la experiencia. Nunca nos hemos sentido juzgadas por las decisiones que tomamos en nuestra vida, algo que no es fácil encontrar. Antes de incorporarse a Actoras, Herminia quería quitarse la vida. En Actoras encontró la red que le devolvió la fuerza y la alegría de vivir; un lugar que le permitió vivir sin culpa su opción sexual. Actoras de Cambio ha constituido para todas nosotras una red de apoyo que nos ha dado la valentía de dejar lo que nos ata, nos hace sufrir, y lo que ya no queremos en nuestras vidas; y a la vez construir lo que deseamos.

UNA FORMA DE VIDA QUE INSPIRA

Actoras de Cambio inspira porque no es un discurso; es una práctica colectiva encarnada en la vida de cada una. Inspiramos li-



bertad, por los cambios que hemos logrado en nuestra vida, y la alegría con la que vivimos; tanto nosotras como equipo, como todas las mujeres que hemos acompañado. Es la evidencia que, juntas, podemos salir de la violencia, cambiar nuestras vidas y hacer de esta vida una aventura que valga la pena. Podemos deshacer el nudo en la garganta que nos impide expresarnos, dejar de agachar la cabeza, y existir. Juntas podemos recuperar nuestro cuerpo sin culpa ni vergüenza, rehabilitar la vida y la comunidad desde la alegría de estar vivas. Cuando las sobrevivientes se recuperaron, se preguntaban qué habían tomado, cuál era su medicina. La admiración que las jóvenes indígenas tienen por la fuerza que han logrado construir, también se convirtió en inspiración para sus vidas: hablar públicamente de su historia, bailar y cantar en el espacio público, incluso zanquear en su propia comunidad... algo que era absolutamente desconocido, y fuera de todos los imaginarios posibles para mujeres adultas de comunidades rurales. Para ellas, ha sido muy impactante y conmovedor la alegría con la que celebran la vida en los festivales comunitarios. El sueño Elsa en esta época era salir de su comunidad e ir a estudiar para ser alguien en la vida. Ver a su mamá y las otras sobrevivientes salir de su casa y comunidad para reunirse, romper el silencio, y sanar, a pesar de las violentas críticas de la comunidad, le hizo tomar consciencia que, si ellas lo lograban, ella también podía materializar sus sueños. Quería ser licenciada en trabajo social para poder regresar a su comunidad y hacer algo por la misma; y hoy, diez años después, además de ser licenciada y madre de dos adorables niñas, es una gran lideresa de su comunidad. Actoras fue inspiración para todas. Nos ha permitido romper con los mandatos patriarcales, deconstruir lo femenino y redescubrir la libertad de ser. Hemos resignificado nuestras vidas. El ser diferentes, locas, rebeldes, brujas, feministas, lesbianas y mayas ya no significa exclusión, expulsión, exilio, ni muerte

en nuestra vida, sino pertenencia, alegría y libertad. Nos sentimos felices, plenas, todas. Al igual que las mujeres que hemos acompañado, Actoras nos ha cambiado la vida y la visión del mundo. De allí, que nosotras también encarnemos nuestro nombre Actoras de Cambio, porque hemos logrado cambiar nuestras vidas junto y cerca a las que hemos acompañado.

SANAR JUNTAS LA MISOGINIA, EL RACISMO Y LA GUERRA EN NOSOTRAS PARA RETOMAR NUESTRO PODER

Acompañar a otras para que puedan salir de la violación sexual y crear una vida libre y contenta, implica transformar la vida junto a otras. Eso requiere poner el cuerpo y el corazón. No hay acompañamiento ni alianzas posibles con otras ubicándonos fuera del proceso, en un lugar supuestamente neutral y ajeno, en el sitio tradicional de la profesional que hace las preguntas y da los consejos, como si el proceso no tuviera que ver con nuestra propia vida. Implica sentirse parte de este proceso colectivo de transformación. La historia patriarcal colonial y la guerra contra los cuerpos de las mujeres ha pasado por nuestras vidas y territorios a todas, de diferentes maneras y en diferentes tiempos. Nos atraviesa a todas una historia colectiva, interrelacionada: historias de guerras, violaciones sexuales, racismo y colonización desde diferentes lugares. Todas somos responsables de transformarlas independientemente del lugar que nos ha tocado vivir históricamente. De allí, la decisión política en Actoras de Cambio de sanar juntas. No hemos ido a sanar a nadie. Juntas hemos sanado la crueldad, la misoginia, la opresión, la militarización y



colonización. Lo seguimos haciendo cada vez que una memoria sufriente vuelve a aparecer en nuestras vidas y entorpece el camino que hemos elegido. Hemos aprendido en este camino que no podemos dar a nadie lo que no tenemos, y que no somos nadie para juzgar las idas y vueltas que cada una tiene que dar para desenredar su propio camino. En este sentido, ha sido imprescindible cuestionarnos y desarticular en nosotras, de forma sistemática, la dinámica de inferioridad y superioridad que permea nuestras prácticas, relaciones, formas de pensar, ser y estar en el mundo. Ha sido una apuesta política y un compromiso personal de cada una de nosotras en Actoras de Cambio de actuar con consciencia para transformarnos individual y colectivamente. Nadie ha salido indemne del proceso.

Cada una sanamos lo que necesitábamos sanar, nuestros propios odios, rabias y heridas; las memorias de violencia, guerra, humillación, invasión y aniquilación inscritas en nuestro cuerpo y linaje. Todas trabajamos nuestras historias de violación, abusos sexuales y relación con nuestra sexualidad. Elsa acompañaba a su mamá a los espacios de sanación y formación desde los 12 años. Así pudo conocer la historia de la guerra, comprender la historia de su mamá, y sanar junto a ella la memoria corporal y ancestral de violación sexual. Eso le permitió tejer una historia de mucha cercanía y complicidad con su mamá; y volcar toda su pasión y energía a la transformación de su vida y la vida de las mujeres de su comunidad cuando le propusimos ser parte del equipo de Actoras de Cambio, a sus 19 años. En cambio, la vida de Hermencia era alimentada por un odio inmenso y la búsqueda de cómo hacer justicia con sus propias manos desde sus 12 años, cuando un tío la arrastró y la intentó violar. Como en muchos casos, su mamá no le dio importancia, ni la apoyó. Se obsesionó entonces con la idea de comprarse una pistola para matarlo a él y toda su familia. La primera vez que lo puede hablar y elaborar es cuando se incorpora a Ac-

toras de Cambio, diez años después. Allí se da cuenta que matarlo, no es lo que le iba a permitir sentirse mejor ni reparada, ni le iba a ayudar a encontrar el sentido de su vida. Peor, todo el castigo de la ley, sin duda, iba a recaer sobre ella y destruir su vida; no sobre él. Lo que aprende en su proceso de sanación le cambia la vida y quiere que llegue a muchas otras mujeres. Por eso se involucra en el equipo de Actoras de Cambio, y comparte apasionadamente su experiencia en los grupos que acompañamos.

Sacamos fuera de nosotras las múltiples culpas que el sistema patriarcal y colonial se encargó de inocular en nuestros cuerpos para hacernos sentir indignas y que prefiramos desaparecer en lugar de existir: culpa por haber nacido mujer, por haber sido violada, por ser maya, por ser negra, por ser blanca, por haber sobrevivido, por haber participado en la guerrilla, por haber abortado, por sostener relaciones prostituidas con su pareja, por no ser suficiente, por no ser lo suficiente buena, por no cumplir con los mandatos patriarcales, por no serle fiel a ciertas costumbres establecidas por nuestra cultura y familia que hacen daño a las mujeres. Eso nos encanta de Actoras: ese llamado a que dejemos de mirar solo para afuera, y empecemos a trabajar las huellas que esta historia de opresión patriarcal y racista ha dejado en nosotras, buscando lo que podemos hacer al respecto, individual y colectivamente, para transformarlo.

En el diálogo que se establece entre las diferentes visiones del mundo, experiencias, historias y modos de hacer para encontrar entre todas las mejores formas de alcanzar nuestro objetivo común, se van transformando y enriqueciendo nuestras formas de ver, ser y estar en el mundo. En este proceso, cada una se deja permear por el encuentro con las otras, y nos descentramos de nuestras verdades. Todas hemos cuestionado los lugares idealizados y convertidos en sagrados por la autoridad masculina de



nuestros pueblos: el mandato de casarse, de tener relaciones sexuales, de tener hijos e hijas, de obedecer a la autoridad masculina; el hecho de que la autoridad solo pueda ser encarnada por hombres, en forma de juez, cura, patrón, marido, ajq'ij, maestro o curandero. Desobedecemos. Trásgredimos la prohibición de conocer nuestro cuerpo, tocarlo, explorarlo y disfrutarlo. Juntas atravesamos el miedo de empezar a disponer de nosotras mismas, decidir sobre nuestros cuerpos y vidas, abortar, vivir sola o en comunidad de mujeres, incluso establecer relaciones lésbicas. El aprendizaje fue de todas. Actoras ha sido la otra parte de nuestra casa donde empezamos a crecer, como dice Elsa. El proceso de sanación nos ha devuelto el poder, las ganas de estar vivas y materializar nuestros sueños. Hemos recuperado nuestro fuego interno y lo estamos expandiendo.

LA CONSTRUCCIÓN DE UN NOSOTRAS DESDE LO DIFERENTES QUE SOMOS

Establecer la confianza para dialogar y actuar juntas entre mujeres mayas, mestizas y de origen europeo, atravesadas por las desigualdades estructurales históricas, la colonización y la guerra impuestas por otros, no ha sido sencillo. Ha sido además un acto de desobediencia maravilloso ante los mandatos patriarcales y racistas que siempre nos reafirman que no es posible. Ha implicado tener una conciencia profunda de las relaciones de poder que nos atraviesan y de la construcción histórica de estas desigualdades; así como de una voluntad política de desarticularlas y crear metodologías y formas de relacionarnos que permitan revertir estos lugares de poder "definidos por otros, pero inscritos en nuestras pieles y subjetividades".

El equipo se posicionó desde la complicidad y la alianza basada en el cuestionamiento y el esfuerzo por romper y transformar las relaciones de poder dominantes, autoritarias, de tutelaje y jerárquicas. Procuramos la construcción de relaciones basadas en la igualdad, reconociendo las diferencias, las autonomías y la pluralidad de decisiones, así como los ritmos y poderes personales y colectivos de cada una. El tema del racismo fue nodal, puesto que las mujeres sobrevivientes eran todas mayas, relacionándose con un equipo que incluía siete mujeres mayas, cuatro mujeres mestizas, y una mujer francesa. Todas, sin excepción, tuvimos que hacer un gran trabajo personal para desmontar el racismo interiorizado, desde el lugar que nos ha tocado vivirlo o ejercerlo, para salir de los modelos de relación aprendidos basados en la dinámica de inferioridad/superioridad.

La construcción entre nosotras requirió imaginar y construir herramientas colectivas propias, fuera de "las herramientas del amo" (Audre Lorde), fuera de las reglas de intercambio masculino; metodologías que nos permiten liberar y abordar las emociones que nos provoca el encuentro con la otra, sin que la otra se convierta en chivo expiatorio de nuestro inmenso dolor e ira generados por nuestra historia. Nos dimos cuenta que para hablar entre nosotras, "mirarnos a los ojos" (Audre Lorde) y reconocernos como "interlocutoras autorizadas" (Librería de Mujeres de Milán), era necesario generar condiciones de confianza. Para ello, ha sido imprescindible crear un espacio donde todas nos sintiéramos escuchadas, queridas y reconocidas. Lo anterior genera la confianza y la seguridad para expresar nuestros sentimientos sin miedo a que nos excluyan y expulsan; y a cambio escuchar el dolor y la ira de la otra sin que nos destruyan, descalifiquen ni agreden. Reconocer que todas estamos atravesadas por prácticas de misoginia y racismo "expresadas como sostener la verdad, ira, agresión directa, descalificación solapada, chisme,



bandos o silencio juzgador hacia las otras” ha sido fundamental para que cada una asuma responsabilidad sobre la construcción de otro tipo de relacionamiento entre nosotras.

Creamos una política cotidiana de reconocimiento, amor y sanación entre nosotras; e implementamos metodologías que nos permitieron aprender a relacionarnos desde las diferencias no dominantes y con mutua ternura (Audre Lorde). Es el amor como fuerza de conexión y de transformaciones profundas que nos permitió aprender a mirarnos a los ojos, y tener suficiente confianza en nosotras y en las otras para desenredar los dolores y odios históricos, atravesar el desacuerdo y encontrar salidas a nuestras diferencias. En la escucha de la otra desde el corazón, los abrazos y miradas que comprenden, acogen y no juzgan; en el proceso de vulnerarnos todas para nombrar lo que sentimos -aún con la voz y el cuerpo temblando por miedo a dejar de ser queridas y de pertenecer- aprendimos a confiar. La espiral de reconocimiento se dio de esta manera: para poder hablar, necesitábamos construir un espacio de confianza, sin juicio ni descalificación. Al sentir que nuestra voz era escuchada pudimos abrir el corazón y deshacernos de las corazas puestas para defendernos. Al sentirnos escuchadas y queridas, pudimos expresarnos y acoger a la otra en su singularidad. En este reconocimiento mutuo cálido, aprendimos a aceptarnos a nosotras mismas y a las otras. Aprendimos a amarnos. Un camino que Liduvina había iniciado en el momento que nace su primera hija, y se da cuenta que no se amaba; y que profundiza en el reflejo con las otras en Actoras. Para una integrante chuj, Actoras fue el espacio donde pudo descubrir su ser, y sentir lo que es el amor de verdad, “el amor de que me quiero”. Ese enamoramiento que se generó entre todas por la transformación tan auténtica que estábamos construyendo nos dio fuerza, seguridad y confianza para sanar nuestras heridas profundas, atravesar el miedo a

mirarnos a nosotras mismas y aprender a aceptarnos tal y cómo somos. Allí, Amandine entendió que el amor es él que da pertenencia, no las fronteras inventadas por otros para separarnos y despojarnos de nuestro poder de transformación colectiva.

Al legitimar la palabra, la experiencia y la sabiduría de la otra, le otorgamos importancia, autoridad, a su vida. Al sentir que nuestra vida cuenta y que nuestra voz tiene importancia empezamos a autorizar nuestra existencia. Esta política de reconocimiento mutuo ha generado una fuerza muy grande. La confianza y legitimidad que nos otorgamos mutuamente ha permitido que cada una pueda proponer, materializar, debatir, y enriquecer su propuesta junto a las otras. Lo anterior ha desembocado en un poder propio y colectivo que expande la bola de fuego de Actoras, y que crea condiciones de vida plenas, libres y sin violencia para mujeres en muchos rincones de Guatemala y del planeta. Ahora bien, la experiencia nos ha enseñado que este poder recobrado puede también ser usado en contra de otras si una no decide canalizar esta fuerza para el cambio y la transformación; y si, en su lugar, lo usa para tener poder sobre otras, compitiendo y haciendo daño en la dinámica de poder patriarcal misógino que se instala entre mujeres cuando trabajamos juntas.

La sabiduría ancestral maya nos ha enseñado a vernos y entendernos a través de nuestras energías, nuestros dones y desafíos. La lectura de nuestros nahuales ha dado lugar al reconocimiento de lo que cada una es. Nos ha permitido conocernos en profundidad y reconocer que cada una tiene diferentes poderes: el poder del fuego de iniciar y transformar; el poder del agua de fluir y flexibilizar, de encontrar caminos alternos; el poder de la tierra de materializar los sueños; el poder del aire de difundir y comunicar nuevas ideas. Reconocer los poderes de las otras, así como los desafíos que conllevan, nos ha permitido reconocer



el brillo de cada una y así complementar, antes que boicotarnos. En lugar de envidiar a las otras, pudimos crecer a la luz de lo que cada una nos ha inspirado: su alegría, calidez, flexibilidad, o libertad; su fuego, sabiduría, conocimientos; su paciencia, su amor, claridad, capacidad de organización y su fuerza. Vicky, en tanto 3 Kan, necesita bajar todas sus ideas y discursos a la tierra, y encontrar los métodos para que se hagan realidad. Su energía del 3 le permite integrar, ser un punto de encuentro entre diferentes formas y visiones. Liduvina, como Tzikin, símbolo de la energía de libertad, no puede soportar tener un jefe o una jefa. En la conversación, recuerda la pelea que tuvo en el Grupo Guatemalteco de Mujeres por estas relaciones de poder, una pelea muy fuerte, que no dio desde el mejor lugar, pero que correspondía a un aprendizaje necesario para encontrar nuevas formas de relacionarnos y organizarnos entre feministas. Esta búsqueda de construcción diferente desde la horizontalidad encontró eco en el feminismo autónomo y la energía de libertad, reciprocidad y transformación del nahual Toj de Amandine.

Hemos ido generando espacios, mecanismos y métodos para organizar la horizontalidad desde las diferencias no dominantes. A lo largo del proceso de construcción colectiva, nos hemos dado cuenta de la importancia de dar una estructura y un orden a la organización colectiva para que todas tengamos un lugar; y que el desempeño de todas sea evaluado por la colectividad. Este lugar se ha construido a partir del reconocimiento de los sueños y anhelos de crecimiento que tiene cada una, así como de las responsabilidades que cada una asume para implementar y sostener el proceso de Actoras. Desarticular la dinámica de jefa/empleada, victimaria/víctima, mala/buena, superior/inferior para que todas podamos asumir nuestra voz, nuestros deseos, nuestro poder y nuestra responsabilidad en la construcción colectiva de Actoras ha sido un proceso continuo y sistemático, así

como un desafío. Las constelaciones nos ayudaron a mirarnos y ver cuántas heridas proyectamos en las otras en un afán de que nos liberen de ellas. Nos permitieron observar cuánto la dinámica colectiva y la organización de la colectividad es permeada por nuestros propios traumas, carencias y necesidades afectivas. Construir Actoras de Cambio ha implicado liberar poco a poco a las otras del deber de reparación de toda una historia pasada, haciéndonos cargo de nuestra propia historia. Así hemos podido colocar cada cosa en su justo lugar y asumir nuestra parte de responsabilidad en la construcción colectiva: lo que me toca a mí, lo que le toca a Actoras y lo que le toca a la otra. Fuimos encontrando y tomando nuestro lugar en la colectiva, no sin dolores, conflictos o enojos, pero con la conciencia política que nos necesitábamos a todas y cada una para este proceso; con la claridad de que es vital construir otro tipo de relaciones entre nosotras para poder sostener procesos de transformación y acción colectiva a largo plazo entre mujeres.

LOS APRENDIZAJES COLECTIVOS, LOS RETOS Y LAS PREGUNTAS

Hubo muchísimos aprendizajes a lo largo del camino desde que iniciamos en 2003. Cada reunión de equipo mensual, cada reunión de planificación y de evaluación anual, cada conversación alrededor del almuerzo y el café fueron espacios donde nos hemos hecho preguntas, evaluado el sentido de lo que hacemos y el impacto que ha tenido en la vida de las mujeres. Nos hemos preguntado siempre cómo garantizar no quedarnos en la repetición o en lo convencionalmente aceptado; sino cómo ir un poco más allá, siempre con el fin de poder crear condiciones de vida sin violencia sexual para todas.



Cada aprendizaje fue incorporado inmediatamente como orientación para la acción y para crear métodos de trabajo en coherencia con nuestros valores y objetivos.

Uno de los aprendizajes más importantes de nuestra historia colectiva es que es posible salir del dolor y de la opresión a pesar de haber vivido la política feminicida y genocida en su propio cuerpo. Se puede llorar el dolor y desarticular el terror, la vergüenza y la culpa. Podemos liberarnos de las heridas más profundas y reapropiarnos de nuestro cuerpo con suavidad y ternura, en un acto de justicia hacia nosotras mismas. Es posible encontrar la propia voz, fuera de los mandatos patriarcales y racistas impuestos, nombrar lo vivido, darle un sentido personal y político, y salir del lugar de la culpa. Es posible rehabilitar la vida con legitimidad y disfrute junto a otras; sin violencia. Al ensayar cómo salir del sufrimiento, otro aprendizaje se hizo evidente: salir de ese lugar es una decisión personal. Al inicio del proceso de Actoras de Cambio, había mucho dolor, un dolor muy profundo, infinito, y mucha vergüenza. Creamos el espacio, el tiempo y los métodos para que este dolor se pueda expresar poco a poco, sin prisa, en un largo llanto, cada una a su tiempo y forma. Sin embargo, después de tres años de proceso, nos sentimos estancadas en un bucle en el que las mujeres se seguían identificando con el sometimiento y el dolor, y nosotras con el suyo, como si éste nos diera la calidad moral necesaria para hacer nuestro trabajo o ser escuchadas. Nos hicimos la pregunta sobre cómo dar el salto y romper el círculo del sufrimiento. Nos dimos cuenta que para ello, había que tomar la decisión de salir de allí. Así que tomamos la decisión de dejar de colocar la energía en el dolor, y darle cada vez más lugar a la alegría de vivir, la libertad y a todas las fuerzas con las que cada una cuenta para salir de las cadenas que amarran y hacen daño. Allí cobran importancia las terapias energéticas que desanudan la energía del dolor estancada en todo nuestro ser como

el sistema terapéutico de AIT (Advanced Integrative Therapy) y la EFT (Emotional Freedom Techniques), cuya raíz se encuentra en saberes ancestrales milenarios de Abya Yala y de Oriente. Con la biodanza, la auto-defensa feminista, el teatro, y la conexión con el poder del fuego, de las plantas y de la naturaleza, atravesamos la parálisis; pusimos el cuerpo en movimiento y nos reconectamos con la vida y el disfrute. A pesar de que inicialmente no nos habíamos planteado abordar lo erótico, el reconectar con la posibilidad de sentirnos, acariciarnos, disfrutarnos y de estar de nuevo en armonía con nuestro cuerpo y el cuerpo colectivo, recuperamos el poder de lo erótico en nuestras vidas, e hicimos del erotismo una propuesta de sanación. Reconectamos así con todos los potenciales para la vida que cada una anida, despertando el poder propio de salir de todas las esclavitudes y de generar condiciones de no repetición en su vida.

Esta reflexión coincidió con otra, que se dio de forma concomitante. En algún momento del proceso, nos dimos cuenta que, a pesar de haber procesado y resignificado su historia de violación sexual en la guerra, varias mujeres no se solidarizaban con sus hijas quienes estaban siendo objeto de incestos o violaciones sexuales por parte de vecinos. Las mujeres se identificaban como viudas y víctimas de guerra compitiendo en la escala del sufrimiento con otras mujeres que también vivían violaciones sexuales en el ámbito cotidiano; pero ellas, decían, habían sufrido más. Allí entendimos que la solidaridad entre mujeres no es un acto espontáneo, sino que requiere de un proyecto político de reconocimiento entre nosotras. Analizamos cómo acompañar mejor para garantizar un trabajo en clave de no repetición, y no solo estar en la superficie ni validando la dinámica de exclusión e inclusión que se estaba dando entre las mujeres. Eso pasaba por volver a preguntarnos cuál es el objetivo del proceso de Actoras: ¿que se reconocieran como víctimas de violación



sexual en guerra? ¿O que logran apoyarse entre mujeres para poder actuar juntas y poner fin a la violación sexual en sus vidas y territorios? ¿Crear víctimas ejemplares para que ganen un juicio o que puedan transformar sus vidas y territorios? ¿Qué es lo que nos motiva para organizarnos entre nosotras: es el haber sido víctimas de violación o son nuestros sueños de poder vivir sin violencia y en libertad? Eso ha implicado que las integrantes del equipo trabajáramos a la par nuestra propia victimización, y que decidiéramos también cambiar de lugar; ese lugar de víctima en el que nos colocó el sistema y que sostenemos pensando que solo desde allí podremos tener acceso a algún reconocimiento o algún beneficio. Entendimos que este lugar nos colocaba en la esclavitud, la repetición del sometimiento, y no nos permitía impulsar la transformación que anhelábamos.

Sanar requiere cambiar de lugar. Y para ello, se necesita que cada una tome su decisión, y camine hacia esta decisión. Implica actuar siendo el cambio que queremos ver en el mundo, para retomar la célebre frase de Gandhi. Esta decisión que tomamos o no, es resultado de un proceso previo de reapropiación del cuerpo, de recuperación de la confianza en nosotras mismas, y de conciencia corporal de tener el poder de transformar nuestra vida. Es cuando sentimos que “tomamos un poder de decidir”. Es el momento en que decidimos que nunca más aguantaremos un grito; nunca más aceptaremos una relación sexual por miedo a que nos peguen o nos dejen; nunca más dejaremos que nos humillen; nunca más nos encontraremos en una relación que nos maltrata. Es el momento en que decidimos escuchar nuestra voz, encima de cualquier otra voz, legitimar lo que sentimos para poner límite a lo que ya no queremos y hacer realidad este “nunca más”, y tomar nuestro lugar para materializar lo que necesitamos y deseamos.

La consolidación de la colectiva implicó aprender a construir nuestros límites: los límites personales de cada una de las integrantes en Actoras, así como los límites de nuestra acción hacia fuera. Para construir nuestros propios límites con respecto a las otras y a Actoras, tuvimos que trabajarnos las culpas históricas y judeocristianas impresas en nuestra memoria corporal y el arquetipo de la madre salvadora. La vida de nadie merece ser sacrificada en nombre de una causa, ni en nombre de salvar a otras. Nadie merece ser maltratada, ni usada, ni manipulada, ni ser el chivo expiatorio de rabias históricas. Nadie está en deuda con nadie. Somos libres y corresponsables de los procesos de cambio que decidimos impulsar para nuestra vida y la vida de otras. El ejercicio de la libertad y de co-creación implica una gran responsabilidad para con nuestras vidas y la vida de las otras, creando espacios para el despertar de los potenciales de todas y confiando en que todas tenemos la capacidad de asumir nuestro camino y el cambio en nuestras vidas. Así, la política de amor, reconocimiento y sanación entre nosotras que da sostén a la acción colectiva de Actoras ha implicado aprender a decir que no. No, hacia adentro, hacia prácticas que consideramos deshonestas e incoherentes con nuestros valores. Aprendimos, por ejemplo, que cuando una integrante del equipo se rehúsa a emprender o seguir su camino de sanación, estanca al equipo, y por lo tanto el proceso colectivo, y es momento de que los caminos se separen. No hay política de amor sin límites, porque no estamos en el amor romántico patriarcal que implica dependencia vital, sacrificio y olvido de una misma; sino un amor que integra el amor propio y da la seguridad suficiente para establecer relaciones auténticas y decirnos las verdades. Hemos aprendido en el camino a identificar la culpa histórica que nos impedía poner límites a mujeres que considerábamos en desventaja frente a nosotras por el racismo, por su lugar de origen, o por sus condicio-



nes de empobrecimiento. Aprendimos que dar sin límites es dar con culpa, una culpa histórica que no permite que la otra asuma la responsabilidad sobre su propio proceso de transformación, que la hace chiquita por no considerarla igualmente capaz de crear el cambio en su vida, reproduciendo al final inconscientemente las dinámicas racistas de inferioridad y superioridad. La culpa no permite crear condiciones de paridad y reciprocidad para un diálogo sobre un pie de igualdad.

De Actoras para fuera, nos sacudimos también la culpa de no poder estar en todos lados, acompañar todas las emergencias y salvar a todas las mujeres. Eso nos permitió delimitar bien el contorno de nuestra acción y enfocar nuestra energía estratégicamente en lo que realmente deseamos construir. Nos enseñó que lo urgente nos quita la fuerza, la energía y el foco de lo que nos proponemos, y que es imprescindible regresar al objetivo central de nuestra acción para poder fortalecer la mirada estratégica y los procesos sociales y políticos que transforman a largo plazo, y erradican la violencia de la vida de las mujeres.

Las reflexiones de fondo sobre los para qué y los cómo de nuestra acción política han forjado claridades políticas que nos han permitido definir cuáles son las alianzas que potencian la acción colectiva hacia la erradicación de la violencia de las mujeres, y las que no. No todas las alianzas son buenas per sé. En un contexto de poder como el de Guatemala donde el estado militarista, contrainsurgente y colonial ha sido el instigador de la política feminicida y genocida de violación sexual contra las mujeres mayas, que la firma de los Acuerdos de Paz no ha conllevado un cambio de poder ni de actores, y donde la impunidad en torno a la violencia contra las mujeres reina, hemos decidido no interactuar con el estado ni el sistema judicial. A nivel local, donde podría ser más fácil construir condiciones de presión política y de ren-

dición de cuenta por parte de las mujeres organizadas sobre las instancias estatales, la experiencia sigue demostrando que usan a las mujeres como escaleras para que ellos puedan tener el trono en palabras de Hermencia. Nos siguen usando como objetos de intercambio y mediaciones simbólicas para construir sus pactos y su poder patriarcal. Nos ha pasado haber aceptado la invitación de compañeras que están en espacios municipales de defensas de las mujeres, para al final darnos cuenta que han usado nuestra fuerza colectiva, nuestro arte, nuestro trabajo, nuestros conocimientos para legitimar su posición de poder, sin reconocer a las redes de mujeres y a Actoras de Cambio. En estas instituciones, nos quedó claro que la jerarquía ya está puesta, y como Audre Lorde, que las herramientas del amo no sirven para destruir la casa del amo.

En coherencia con nuestra apuesta de construir el poder colectivo de las mujeres, como herramienta para legitimar y defender nuestras vidas, hemos decidido salir de las reglas del intercambio masculino y crear alianzas cuyo centro sea la vida de las mujeres, no intereses institucionales cuya dinámica de poder patriarcal protege el derecho masculino y colonial sobre nosotras, nos invisibiliza y nos humilla. Establecemos alianzas con organizaciones y redes de mujeres indígenas, mestizas, extranjeras, organizaciones feministas, maestras, colectivas de mujeres jóvenes, artistas, periodistas, con las que compartimos un objetivo común: romper el silencio en torno a la violación sexual, dejar de proteger a los agresores, crear redes de protección y defensa para las mujeres, sanar la vida, hacer memoria desde nuestras voces y experiencias, reapropiarnos de nuestro cuerpo-territorio, y crear una vida contenta, digna, sin violencia para todas. Las formas y métodos importan tanto como el objetivo en las alianzas que establecemos: la apuesta política por tejer una nueva textura de relaciones entre nosotras, desde el reconocimiento y



las diferencias no dominantes, desarticulando la competencia, la invisibilización, la misoginia y el racismo.

La construcción colectiva ha implicado un ir y venir dialógico entre todas las partes: entre nosotras como equipo, entre el equipo y las mujeres que acompañamos, y entre todas para con los objetivos de Actoras. Siempre tuvimos claridad que el centro de nuestra acción política y colectiva es la reconstrucción del poder sobre el cuerpo y la vida de las mujeres para que cada una y en colectivo tengamos la capacidad de crear una vida plena, contenta y sin violencia. Eso implica una escucha profunda de lo que desean y necesitan, y también de lo que no quieren. Desde allí se integran los sueños de todas las mujeres que acompañamos, y se ponen en diálogo con las visiones del equipo, y los objetivos buscados. Es una puesta en común permanente de los sueños de todas en función de crear vidas y territorios sin violencia, y un diálogo permanente sobre las mejores formas de conseguirlo, a partir de la evaluación conjunta de los avances del proceso. Como lo observa una joven integrante del equipo, no es como en otros espacios donde vamos a tomar un taller, escuchamos y nos vamos. En Actoras, es recíproco. Me compartes, te comparto. Buscamos juntas una resignificación a lo que nos pasa y una salida para poder seguir caminando. Para ello, se ha creado un sistema de planificación, seguimiento y monitoreo, evaluación y sistematización, que involucra a las mujeres que acompañamos desde el inicio. El proceso de investigación que hemos llevado a cabo de forma constante paralelamente a nuestra acción nos ha permitido implementar los mecanismos necesarios para recoger las voces y sentimientos de las mujeres sobre su proceso de reconstrucción y de transformación. Nos ha permitido estar a la escucha de lo que plantean y orientar mejor nuestras estrategias en función de ello. Al fin y al cabo, los sueños de cada una se integran en el momento que dicen sí al proceso, sino, como dice

Hermencia, las mujeres dirían: “miren, está bien bonito su espacio, pero no es el mío. Mejor me voy”. El hecho que las mujeres de las redes no se hayan ido desde el 2004, sino, más bien, hayan involucrado a otras y hayan expandido las redes a muchas otras comunidades, habla por sí solo.

Ahora bien, sigue siendo un reto que todas asumamos nuestra voz, nuestra opinión, la argumentemos, la debatamos en los espacios colectivos de toma de decisión y la escribamos. Una vez los espacios, mecanismos y métodos implementados para que cada quien pueda desbloquear su silencio, enojo, o sentimiento de no valía, y desarrollar sus capacidades, requiere de un trabajo personal sobre su propia historia que la colectiva no puede sustituir. Sigue siendo un reto que todas asumamos la responsabilidad sobre el proceso con el mismo compromiso, y la misma carga de trabajo. ¿Es eso posible, e incluso deseable? ¿No es preciso reconocer que la colectividad se construye a partir de los intereses personales de cada quién, en articulación con el objetivo común? Sin dejar de propiciar colectivamente los espacios y procesos necesarios para que cada una se siga formando, siga desarrollándose en función de lo que desea hacer en la colectiva, y siga fortaleciéndose para expresar su voz y tomar su lugar en la colectiva, ¿no será necesario encontrar un orden en el equipo a partir de la complementariedad de intereses de cada quien, y funciones indispensables para que se de la acción? Aún hoy, los escritos los hacemos las mestizas y la extranjera. Nos interpelamos sobre ello sin respuesta aún: ¿Qué falla? ¿Quizás falten tiempos de construcción paralelos, solamente entre mujeres mayas, donde las mestizas y las extranjeras no estemos, para que puedan desarrollar sus propias capacidades sin miedo al juicio, y luego poner en diálogo nuestros saberes? ¿O solamente reconocer que la escritura no necesariamente tiene que ser la habilidad ni del interés de todas, de la misma forma que leer el fuego y curar con plantas,

no es un potencial desarrollado en todas las integrantes de la colectiva?

No tenemos todas las respuestas; pero de lo que estamos seguras, es que Actoras ha sido una construcción colectiva honesta y auténtica, donde nos hemos autorizado a ensayar otras formas de relación, organización y acción colectiva entre mujeres, fuera de los mandatos patriarcales y coloniales, en un ir y venir entre lo personal y lo colectivo, para responder a lo que deseamos construir y transformar. Como lo dice Doña María, sobrevivientes mam de Colotenan-

go, "¡insto a todas las mujeres a que se unan en este camino, porque realmente es para nuestra libertad!"

Actoras ha sido eso, una práctica cotidiana y colectiva de transformación y libertad.

Agosto de 2021

Nosotras, las Actoras.

Amandine Fulchiron, Liduvina Méndez,

Virginia Gálvez, Elsa Rabanales y

Hermencia López



Esta narrativa hace parte de la iniciativa de documentación a colectivos de mujeres sobrevivientes de violencias machistas desarrollada por Mugarik Gabe durante 2021.

Con el fin de conocer y reconocer la labor que las organizaciones de sobrevivientes realizan para el empoderamiento individual y colectivo de las mujeres que son parte he-

mos documentado, a través de entrevistas grupales, los relatos de estas organizaciones desde la subjetividad de sus integrantes.

En breve se difundirá una publicación donde podrá encontrar ésta y otras narrativas de colectivos de Colombia, El Salvador, Guatemala, Euskal Herria y el Estado español.

Una publicación de:



www.mugarikgabe.org

 Mugarik Gabe  @mugarikgabe

ARABA

Casa de asociaciones "Itziar", Plaza Zalburu s/n, 01003 Vitoria-Gasteiz
945 277 385 – araba@mugarikgabe.org

BIZKAIA

Grupo Vicente Garamendi 5, Lonja, 48006 Bilbao
94 415 43 07 – bilbao@mugarikgabe.org

GIPUZKOA

Katalina Elizegi 46, bajo, puerta 4, 20009 Donostia
943 445 977– gipuzkoa@mugarikgabe.org

Financiado por:



Diciembre 2021

Maquetación: [Binari Comunicación](#)



Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Este documento está bajo una licencia de Creative Commons. Se permite libremente **compartir** - copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato siempre que se reconozca la autoría, No puede utilizar el material para una finalidad comercial, si se remezcla, transforma o crea a partir del material, no puede difundir el material modificado, no puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinja realizar aquello que la licencia permite.

Licencia completa: http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es_ES